

Darío Fernández-Flórez



Alta costura

Novela que presenta, mediante la técnica de prisma, narraciones convergentes para mostrar el ambiente madrileño de las modelos, el modisto y los dramas de las múltiples vidas.

Prologo

Antes de entregar al lector las páginas de esta novela quiero hacerle una breve advertencia. Yo, la verdad, distingo mal, muy mal, cada día peor, esa separación que muchos establecen entre la realidad y el espléndido y misterioso ejercicio del pensamiento que es la imaginación. Tanto se confunden en mí lo que veo, lo que oigo, lo que siento y lo que sin duda creo ver, oír y sentir, que me resulta imposible aislar esa sospechosa realidad que otros aseguran conocer perfectamente.

A mí se me antoja siempre que detrás de cada persona o cosa que veo, detrás de cada palabra o ruido que oigo y, especialmente, detrás de cada sentimiento propio o ajeno que conozco, existe una profunda y larga sombra que no acaba nunca y que me parece tan real como la definida apariencia que la determina.

Creo que las páginas de Alta costura han nacido de esta rara confusión que por lo visto padezco. Yo, ¡Dios me libre!, no he querido retratar a nadie en ellas; pero como ando siempre entre sombras y no entre realidades, quizá alguien se llame a engaño y salga diciendo que lo saco aquí con pelos y señales. Porque resulta que estas mis sombras de novelista se hacen primero personajes y después seres de carne y hueso, con el natural espanto de quien nunca los conoció en su directa apariencia y mera realidad.

Alta costura es, tan sólo, un fruto de mi confusa imaginación y nadie tiene derecho a sentirse aludido en sus páginas, porque toda coincidencia de nombre, lenguaje, apa-

riencia o situación, será fortuita, según advierten siempre los novelistas ingleses, que es gente correcta y muy prudente. Hace algún tiempo, dos o tres años si no recuerdo mal, un torpe sueño me hizo conocer una curiosa carnalada. Dormido para esa cómoda y concreta realidad de los demás, anduve un tanto extraviado entre las sorprendentes máscaras de la moda. Entre Kiki, Sole, Marta, Pituca, Lina y Tona, las modelos de «Amaro López», uno de los mejores modistos españoles. Entre el propio don Amaro, Pepito, Alfonso, Mercedes, Lulú, Chelo y todas aquellas gentes, hombres y mujeres, que giraban como satélites en torno a estos personajes de la alta costura madrileña.

Aquí están todos ellos, porque yo tenía que quitármelos de encima y no conozco otro medio que el de traerlos a estas páginas. Quizá sus cosas diviertan algunas veces, quizá indignen o entristezcan otras, quizá despierten también una inesperada ternura; pero siempre, estoy seguro de ello, aleccionarán al lector presentándole las ventajas indudables del bien sobre los turbios peligros del mal. Mas estas cosas, todas estas variadas cosas de mis personajes, las buenas, las malas y hasta las medianas, tuyas son y no mías, quede aquí bien claro.

Yo me limito a echarlos fuera, al ruedo literario, y a descansar de ellos, porque ahora me siento bien despierto y, en verdad, que ya me estaba cansando tanto sueño.

Graja empavonada, como pavón vestida, Vydose byen pintada é fuese enloquecida...

Arcipreste de Hita. Libro de buen amor.

Primera parte

Las modelos

1. 28 de febrero

Hoy es el día 28 de febrero de 195..., un año más en la vieja cuenta de nuestro mundo. La gente vive, la gente muere y hay quien ni vive ni muere; sino que va tirando de unos días desangelados, tontos. La fecha cae en viernes, por más señas, y la Iglesia festeja hoy a San Macario, un nombre poco afortunado y casi desconocido entre los devotos.

Aquí, en Madrid, la mañana se está poniendo muy fría y aunque algunos ratos la alegra un sol de febrero, que ya va tomando fuerza, otros queda oscurecida por unas tristes nubes que bajan del Guadarrama empujadas por este cierzo mordiente que saca sabañones a tantos modestos madrileños.

Hoy no es un día señalado, la verdad, para qué vamos a engañarnos, y, a la hora del desayuno, los periódicos no nos han traído nada divertido, amable o sensacional, sino esa morralla informativa de los días grises. Quizá la única noticia importante del día, la que puede conmover a un cierto y complicado núcleo de gente ciudadana —mucho más, desde luego, que la muerte de don Justo Requejo Cid, un profesor de Instituto aplastado en la calle de Toledo por un alegre camión, o que el accidente sufrido por el obrero Balbino Gil, a quien la guillotina dejó manco en una afanosa imprenta—, es la que puede leerse también en todos los diarios de esta mañana sin personalidad. Amaro López, Alta Costura, pasa hoy, a las seis de la tarde, en sus salones, la colección de primavera.

La moda es este año una moda difícil, enconada por las pasiones, pues entre los bastidores de la alta costura internacional se sabe que el largo de la falda va a tratar de ser acertado por un modisto revolucionario, en un audaz golpe de falda que puede tener gravísimas consecuencias para el poder parisiense. Por otra parte, el complicado mundo de la moda comienza a llamar la atención de los más serios gobernantes, por su importancia para las finanzas nacionales, pues parece que, en ciertas ocasiones, los trajes de señora bien cortados y elegantemente compuestos pueden traer a ciertos países más divisas que los cereales o que esa industria pesada que ennegrece con sus humos los más bellos horizontes. Estas cosas pueden resultar lamentables y hasta tristes para ciertos espíritus encuevados en los valores de la tradición; pero el mundo marcha y no hay estadista capaz de detenerlo.

La alta costura tiene, pues, mucho que decir hoy en día; tanto, que se asegura que los modistos franceses, además de la importante subvención que les ha concedido el Gobierno y de esos lindos sellos Haute Couture usados para su correo, van a conseguir muy pronto la creación de un departamento ministerial del ramo, poltrona, en verdad, envidiable, por las alegres perspectivas que ofrece para cualquier auténtico varón que sepa aunar los intereses políticos del país a la galantería de una sabia madurez rodeada de las más elegantes y dóciles maniquies de la Place Vendôme o de la Rue de la Paix.

Mientras se dicen estas cosas y, naturalmente, otras muchas que es preciso apartar de la imaginación por, harto imprudentes, lo cierto es que los grises comienzan a pasar de moda, aunque se lleve, cómo no, el negro, pues hay demasiadas gordas con dinero en el mundo. También están al día las franelas indefinidas, los verdes muy oscuros, la escaleta entera del tostado, y para vestir, que es lo bueno, y donde lucen de veras las mujeres, el terciopelo liso, brochado y bordado en pedrerías; las sedas de caída, los romanos, ma-

roquenes y el moaré, especialmente el que hace grandes aguas; aguas de mar, aguas de río, aguas quizá de pantano, pero aguas siempre ávidas de ahogar a un hombre. Hay también preciosas lanas estampadas para los trajes sastre, que ya no son entallados, y no se abandona el punto, que tanto se presta a esas lorzás y pleguerías que fingen lozanas carnes sobre los huesos de las delgadas.

Abundan los suaves pasteles y no hay que olvidar el estupendo rojo de Dior ni el azul morado de Bochas, que siguen manteniéndose en primera línea.

Debe reconocerse que se dejan un poco los oscuros; pero, en cambio, continúan las gasas naturales. ¡Y qué gasas tan graciosas, tan leves, tan prometedoras!... En fin, las estolas siguen, desde el visón al armiño, sin avergonzarse de las más hábiles imitaciones, pues lo falso va ganando poco a poco todos los terrenos.

La línea va a ser transformada, dislocada, y caiga la que caiga, porque así lo disponen los amos de la moda. En Dior, la silueta femenina adquiere forma de cúpula; en Balmain, de larga y acampanillada copa de champán; en Dessés, muy inspirado siempre por las líneas españolas, de guitarra; en Worth, de mascarón de proa que lanza la nave femenina a la aventura del mar proceloso de los hombres, y en Bohan, el benjamín de los modistos franceses, esta silueta toma la elegante y pura rigidez de la columna.

En cuanto al pelo, no el pelo de la ropa, claro está, sino el de las mujeres que con ella se visten o se desvisten, según las circunstancias y horario del día, sigue corto, pero no tan corto, entendámonos, pues es preciso dar al peinado una forma en V, sugerida quizá por la V de aquella victoria churchilliana que aún no ha convencido a nadie.

Sí, es el 28 de febrero de 195... y Amaro López pasa hoy en sus salones, acaso los mejores de Madrid, su rica colección de primavera, que sólo puede contemplarse mediante la invitación personal e intransferible del modisto, porque, según dicen algunas de sus más antiguas clientes,

artistillas y entretenidas de poca monta, don Amaro se ha puesto un poco tonto.

Hace dieciséis siglos, Macario el Viejo, un santo ermitaño, andaba, entre ayunos y rezos, luchando apasionadamente contra el Diablo, por los yermos del bajo Egipto. El santo llevaba el pelo largo y estaba en los mismísimos huesos. Sin embargo, como buen místico, Macario era un hombre alegre y aquellas pocas hojas de berza que comía los domingos no entristecían su fervorosa vida. Quizá por estos mismos días anduviera, allá por el año trescientos treinta y tantos, ayunando, de pie en un rincón de su celda, sin tocar ni el pan ni el agua que tenía delante, ni aun doblar su huesuda rodilla, porque era un alejandrino entero y un hombre, en verdad, de Dios, que estaba decidido a dominar los ruines apetitos de su mísera carne. Mas, realmente, estas cosas tan viejas, tan pasadas de moda, no vienen muy a cuento, porque los tiempos cambian y ya nadie se mortifica en la Tebaida, ni siquiera una nueva Thais, sino que casi todas las mujeres elegantes de Madrid acudirán esta tarde a los salones de Amaro López, a mirar y remirar sus modelos y a cotillear a gusto un buen rato.

Como muchos ignoran los secretos de la alta costura, el hecho de que Amaro López pase esta tarde su colección de primavera no obtendrá de su atención otra cosa que un leve gesto desdeñoso. Y, claro, se equivocan, porque el acontecimiento resulta trascendental para todo un mundo, para todo un mundillo mucho más importante y subterráneamente enraizado de lo que nadie sea capaz de imaginarse. ¡Si se supiera por ahí todo lo que aquí pasa!...

El curso de la Historia puede depender, a veces, en una coyuntura difícil, del traje de una mujer; de lo que este traje oculte, muestre o haga adivinar y de cómo lo oculte muestre o permita adivinar. Porque el vestido femenino, el arte de cortar, coser y adornar el traje que se echan cada vez más encima de su carne las mujeres elegantes, es la suma de todas las esencias femeninas, de todos los atributos, ca-

lidades, artimañas, valores, trampas, deseos y mentiras de la mujer. Al fin y al cabo, vale un poco la pena conocer todo esto.

Amaro López ocupa uno de los mejores pisos de Madrid, en un hermoso y señorial edificio, ni demasiado antiguo ni demasiado moderno, casi en el centro, pero tampoco en el centro de la ciudad. La calle donde se alza este inmueble es una calle de la mejor solera madrileña y todos pasamos por ella muchas veces. Su acera es ancha, alegre, casi escandalosa, y los obreros que alzan laboriosamente otro gran edificio sobre el solar vecino de un reciente derribo no sé hartan de decirles cosas a las buenas hembras que pasan por allí. Ocupan los bajos de la casa tiendas caras, una cafetería que tiene su público y cerca, en la próxima bocacalle, hay una parada de taxis, todo lo cual anima mucho el lugar.

Junto a la acera suele haber estacionados unos coches estupendos, quizá demasiado estupendos para un país tan difícil y tan áspero como el nuestro, y en la citada bocacalle se ven, a ciertas horas del día, algunos autos más, alargados tras la esquina, porque hay gente cautelosa y astuta que no quiere ser vista esperando a una modelo treinta años más joven y, claro está, mucho más guapa de lo que como compañera natural corresponde a una amplia calva, a unas dominantes canas o a una barriga desengañada y ahíta.

El portal de la casa es muy amplio, casi ceremonioso, como merece tal lugar. Podemos estar seguros de que es de mármol blanco, funerario, y de que por las noches se cierra con unas fuertes rejas. Hay ascensor, claro, aunque el piso de Amaro López, como todos los dedicados a la alta costura, ocupa el principal. Porque existen muchas viejas ricas presumidas que, aunque no tengan ya resuello para subir un tramo de escalera, son capaces de gastarse los cuartos en un modelo prometedor, que recomponga un poco la flacidez de sus carnes.

La escalera está bien, aunque algo abandonada. La alfombra es buena, en tonos amarillos, pero ya harto trajinada por los empleados de las oficinas de otros pisos, que no reparan en si tiran la colilla aun encendida o si despejan sus acatarrados bronquios cuando bajan con prisa por salir al aire libre de la calle. No obstante, el primer tramo de escalera está mucho más limpio y cuidado que los que conducen a los otros pisos, pues don Amaro, el modisto, lo atiende directamente.

De todos modos, cuando se abre la puerta del piso que ocupa la casa de modas, una puerta pintada de oscuro sobre la que brilla la fina placa de la casa, y se cruza su umbral, parece, en verdad que se entra en otro mundo. Un mundo amplio, lujoso, brillante y teatral, dispuesto para los que entran, no para los que están allí.

Primero hay un gran vestíbulo, que comunica mediante unas anchas puertas con tres hermosos salones corridos que se extienden en una amplia perspectiva. A un lado del vestíbulo se abre en el muro una cabina telefónica, tan coqueta, que dan ganas de telefonar inmediatamente a cualquier persona y decirle algo muy galante y espiritual, para que quede allí dentro, suspendidas las palabras en aquella pequeña atmósfera enrarecida, de lindo boudoir. Y en las otras paredes hay varias graciosas vitrinas que exhiben los sombreros, pañuelos, bolsos, zapatos, echarpes y demás modelos de la *boutique* de la casa. Pero lo mejor del vestíbulo es el anuncio del joyero Zeller, de París. Porque dentro del muro, hundida en unas luces de acuario, una curiosa perspectiva cubierta por un claro cristal muestra la Place Vendome y la Rue de la Paix, donde el joyero tiene su famosa tienda. Esta especie de ventana siempre abierta hacia su comercio le cuesta a Zeller sus buenos dineros; pero el judío sabe lo que hace, porque todo el que entra en el piso se pone a mirar por ella, y son muchas las quiblas que el joyero tiene colocadas en estas mezquitas de la moda, siempre orientadas hacia su meta parisiense.

Se dice que los salones de la casa son los mejores de Madrid, aunque este decir nace del propio don Amaro y de sus empleados. Los otros, es decir, los otros modistos madrileños, opinan que, pese a su amplitud y desahogo, están anticuados, porque ya no se llevan estas columnas, ni estas tapicerías, ni estos enormes espejos, ni, especialmente, estas grandes macetas que les dan un aspecto de jardín de invierno un tanto hostelero. Pero y tantas envidias por estos barrios que cualquiera sabe... La verdad es que, aunque uno no sepa bien dónde se encuentra —casa, tienda, peluquería o alguno de esos confusos lugares adonde las guías de Montmartre conducen a los turistas necios que van a París por primera vez—, los salones resultan cómodos y brillantes para los clientes cuando se pasa la colección, y las señoras o caballeros, que también los hay, se repantigan en los butacones y divanes de verdosa y aterciopelada tapicería, todo ojos para los trajes o para las modelos que los exhiben, según las circunstancias de cada cual.

Del vestíbulo nace un ancho pasillo, porque aquí nada ni nadie es estrecho; un pasillo que conduce primero al cuarto de modelos, que no tiene puerta, sino unas cortinas y un biombo que permiten salir y entrar cómodamente a las mannequins, como las llama siempre Alfonso, el secretario del modisto, un tipo muy afrancesado. Y más adelante, tras el despacho de don Amaro, el estudio del figurinista y los servicios, porque las modelos, a pesar de sus elegancias, también hacen pipí, se llega al taller, donde flota un constante olor a sobaquina y donde trabajan afanosamente las cortadoras, oficialas, ayudantas y aprendizas de la casa.

El mundo extravagante y confuso que puebla el gran piso de Amaro López, Alta Costura, tras aquellos balcones que se abren a la calle bajo los graciosos toldos de lona verde con la firma en blanco de la casa, recogidos ahora, se divide, realmente, en tres castas dirigidas por el poder brahmánico e indiscutido del modisto: La casta de las vendedoras, o casta auténticamente superior, pues son las que

ganan cuartos y pueden, si quieren, que se da el caso, vivir decentemente, es decir, por sus propios medios. La casta de las modelos, casta falsa, en verdad, pues exhibe una superioridad que tan sólo tiene la apariencia de la ropa; casta que apenas gana con su trabajo y que, en general, lo utiliza para vivir indecentemente de los hombres. Y la casta sudorosa y pobre de las mujeres que cosen en el taller, casta que, sin embargo, es la que marcha por la vida de la realidad difícil y del honrado trabajo.

Estas tres castas se muestran socialmente muy separadas y hostiles, pues viven una sorda y constante lucha de clases, creyendo, cada una de ellas, que lo es todo, y, por lo tanto, que lo merece todo, sin comprender que, en realidad, lo que se trata es de una distribución de papeles, más o menos afortunada o incómoda, en este curioso teatrillo del mundo vanidoso, desgarrado y feroz de la alta costura.

¡Ah!, pero cuando llega la hora de dar fin al trabajo, el portal se llena de mujeres estupendas y salen al ruedo masculino de la acera las modelos...

Estas modelos que se llaman, o dicen que se llaman, vaya usted a saber, Kiki, Sole, Marta. Pituca, Lina y Tona. Entonces la calle se anima y una ráfaga de lujo, de elegancia, de perfumada aventura, conmueve la acera madrileña, despertando las ávidas ilusiones de sus mujeres y la aletargada imaginación de sus hombres.

2. Kiki

Kiki es, indiscutiblemente, la modelo más famosa de nuestro Madrid.

Mide 1,80 metros, pesa 55 kilogramos, tiene 54 centímetros de cintura y, como puede comprenderse, es un hueso. Pero un hueso de categoría, ya lo creo, y por el que se pierden los hombres. Porque los hombres, según dice Sole, otra modelo de Amaro López, ya más trajinada y vieja, son idiotas.

Y, como idiotas, lo único que les pierde es la vanidad. No se crea, pues, que caen en las garras de una mujer arrebatados por el amor, por el deseo, por el vicio; incluso. ¡Ca!, no señor; de todo eso escapan, de mala manera a veces, pero escapan. Mas cuando se les atina en el cogollo de la vanidad, en la vanidad de llevar a una mujer cara, famosa, aunque sea con la peor de las famas, elegante y apetecida, al lado, pican bien y el anzuelo se les engarfia cruelmente en las necias mandíbulas del amor propio, son una presa terrible, de la que no pueden librarse fácilmente.

Kiki sabe pescar muy bien el besugo y el salmonete, el merluzo, el atún y hasta el modesto cangrejillo de río si, en un momento de crisis, es menester ocuparse de tan mezquina criatura.

Incluso ha llegado a capturar un peligroso pulpo y un par de feroces tiburones, pesca muy difícil, que le ha valido una justificada fama en ciertos medios madrileños.

No se crea, sin embargo, con todo esto, que Kiki tiene aspecto de mujer fatal, ni mucho menos. La chica, chica para sus maduras conquistas, pero no para los pollos que a veces la acompañan, pertenece más bien al género «gracioso», es decir, a ese tipo de mujeres revoltosillas, inquietas y elegantemente mal educadas que provocan siempre

el regocijo y la admiración de ciertos hombres correctos y aburridos. Para estos caballeros, casi siempre otoñales y muchas veces invernales, Kiki es un tónico; un latigazo más eficaz que la ginebra, *whisky* o la cocaína. Porque sus gestos les parecen graciosos, sus palabras despiertas y vivaces, su inquietud alegre y hasta los «tacos» y disparates que suelta cuando viene a cuento, divertidos.

En realidad, Kiki es un curioso y larguirucho prodigio de la naturaleza y, desde luego, un prodigio francamente caro. Muy alta, muy mona, muy elegante y estupendamente vestida, resulta siempre bien, aun en el momento en que su pícaro boca se abre para largar las mayores ordinariencias. Porque en Kiki hay, indudablemente, una vieja raza, una esbelta y armoniosa raza del norte de Iberia, soterrada en la sangre de su familia humilde, de su familia sin educación y sin cultura.

Sólo así puede comprenderse que esta mujer, siempre graciosa y distinguida —en lo que se refiere a expresión y apariencia—, se haya criado entre las vacas y el trabajo del pobre caserío pirenaico de sus mayores.

Claro está que Kiki tiene muchas horas de vuelo y que ha sabido aprovechar los diecisiete años que lleva entre los hombres, pues la chica empezó a conocerlos a los quince y no ha cesado de hacer progresos hasta la fecha, que señala ya la experiencia retorcida y sagaz de su treintena.

Lo mejor, o lo peor, de Kiki es, precisamente, esta sagacidad, esta clarividencia que posee y que le permite conducir su vida hacia un fin bien decidido sin una vacilación, sin un desmayo sentimental. Kiki sólo sabe lo que debe saber para vivir como quiere vivir, naturalmente. Es decir, sólo sabe de hombres y de todas las innumerables cosas que pueden gustar o desagradar a los hombres. Esta concentración de una peculiar inteligencia que no se permite ninguna curiosidad, ningún «garbeo» fuera de sus concretos límites, resulta poderosísima y muy peligrosa para cuantos varones caen en su implacable zona de influencia. Kiki sabe, pues,